

El silencio de la Lola



Texto: María José Téllez Delgado

Ilustraciones: Guillem Escriche.

Lola era un loro. Pero no era un loro cualquiera de colores llamativos, era un loro extraordinariamente listo que sabía decir un montón de palabras. Repetía a la perfección palabras como: lavadora, espaguetis y "siéntate y calla", pero sobre todo, lo que hacía mejor era gritar todo tipo de alaridos y chillidos como si se acabara el mundo.

¿Que de quién lo había aprendido? Fácil, de Pepe. Porque cada vez que Pepe no conseguía lo que quería, se ponía a gritar, se quejaba, lloraba y pataleaba en el suelo como un chiquillo. Y eso que Pepe ya tenía exactamente 9 años hechos y rehechos.

— ¿Cuando entenderá este niño que las cosas no siempre pueden ser como él quiere? — Se preguntaba cansada su madre. Pero nada, Pepe no atendía a razones y si quería un caramelo, lloriqueaba para que le compraran en ese mismo instante, si tenía hambre, exigía que le dieran algo aunque sólo faltaran 10 minutos para cenar, y si quería ir a jugar al parque, se enfadaba cuando sus padres tenían trabajo y nadie lo podía acompañar. Podríamos decir que Pepe era un niño que quería que todo pasara a su manera, y por supuesto, la vida a menudo va por libre y Pepe constantemente tenía que enfrentarse a situaciones que le contradecían y lo hacían rabiar.

— Este niño no sabe tolerar la frustración — Decía la vecina del sexto cada vez que subía a cotillear simulando que hablaba con su madre. Pero ya lo sabía ya su mujer, que de paciencia y sentido común, su hijo tenía más bien poco, y todo lo que hacía era repetir una y otra aquella frase que Pepe ya sabía de memoria: "Te he dicho que NO".

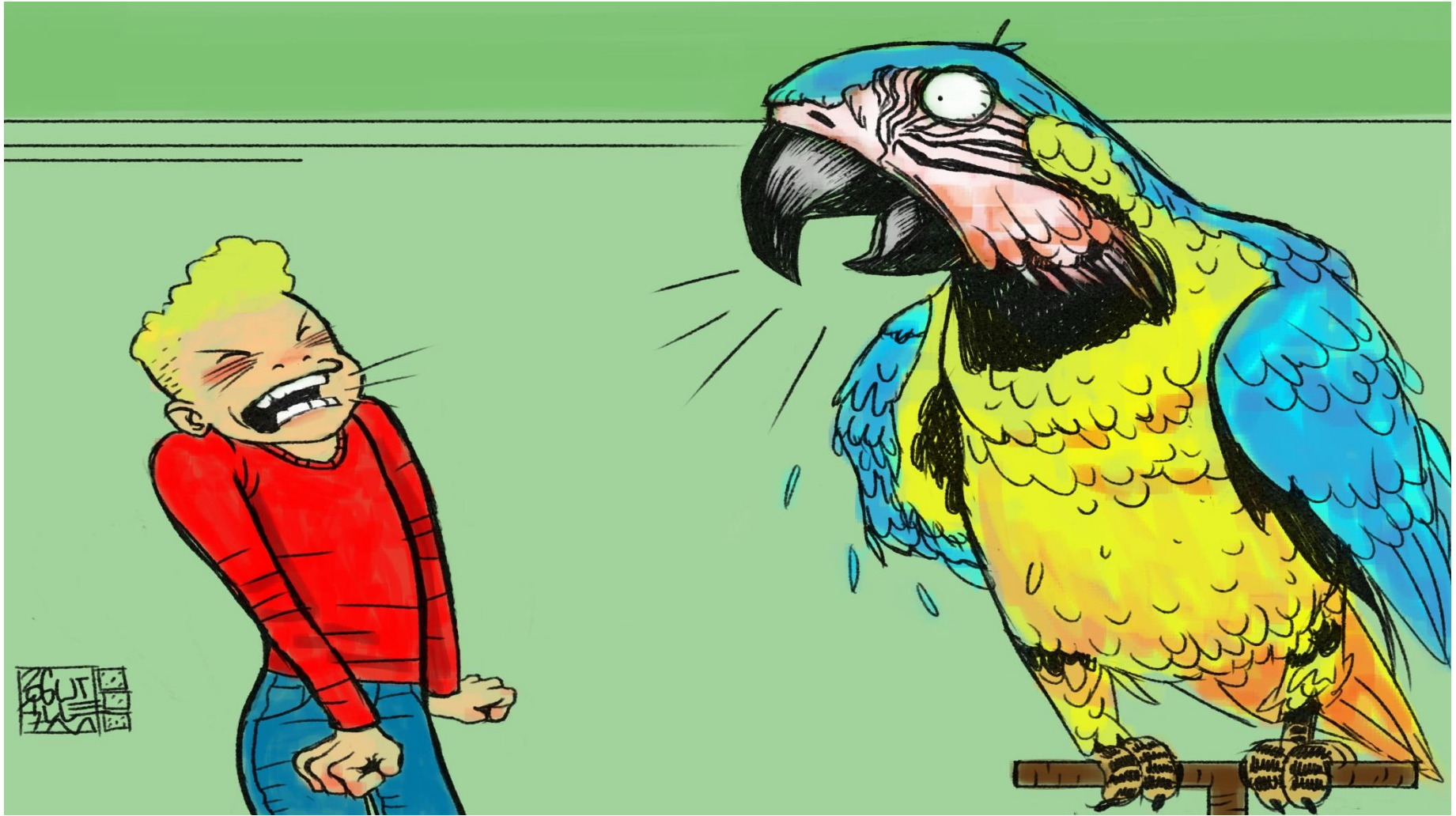
Lola, como que era un loro, de todo aquello no se enteraba. Ella se esforzaba en escuchar y repetir una y otra vez lo que oía. Y como la mayoría de las veces eran gritos, el animal los iba reproduciendo hasta que un buen día ya no dijo nada más. Ni pío, ni, agua, ni espagueti, ni nada. Se había quedado muda, y nadie entendía por qué.

— Alguien debería llevar Lola al veterinario — Dijo el padre preocupado.

— Que vaya Pepe — Dijo la madre.

Y como en ese momento el niño no estaba protestando por nada, no encontró ninguna excusa para no ir.

Una vez en la consulta, Pepe observó en silencio como una joven veterinaria se miraba y remiraba la pobre Lola. La miró del derecho y del revés, por dentro y por fuera, le abrió el pico y le enfocó la garganta con una linterna, pero nada. No había nada de nada.



— Este animal está bien sano — Dijo la mujer sorprendida.

— Pues hace mucho que no hablaba — Explicó Pepe.

— Quizá es que se ha cansado — Dijo la veterinaria a la vez que guardaba su instrumental. — No le debía interesar lo que oía.

Y dicho aquello, la doctora dio por terminada la consulta haciendo pasar un gato obeso.

"No le interesa lo que oye", se repitió Pepe extrañado. ¿Y qué es lo que oye?, se preguntó.

Pepe era un chico caprichoso y exigente, pero también era curioso y listo, así que decidió averiguar qué era lo que no le gustaba a Lola. A la mañana siguiente, removió de arriba a bajo todo del armario, aquel donde sus padres guardaban las cosas antiguas, y por fin encontró lo que buscaba: una grabadora.

Su madre era periodista y antes de tener los móviles modernos, la usaba para ir a todas partes y entrevistar a la gente. Ahora ni recordaba que aún la tenía y Pepe decidió que hoy le serviría.

Escudriñó la casa con atención y pensó que justo al lado del sofá era el ángulo donde mejor se oía todo. Puso en marcha la grabadora y se sentó a desayunar decidido a espiar quién era el que decía cosas feas que molestaban a Lola.

El día fue avanzando como era habitual. Bronca para levantarse de la cama. No quiero lavarme los dientes. Quiero los pantalones azules. Pues deberás ponerte otros que estos están sucios. ¡Yo no quiero otros! Vuelta del cole. Tengo hambre. ¡Quiero chocolate! No hay, come un bocadillo de jamón. No me gusta. Quiero jugar con las máquinas. Ahora no puedes. ¡Pues yo quiero hacerlo! No grites. Pues déjame la máquina. Ya te he dicho que no. Pues si no me la dejas tiro todos los juguetes. Si las tiras las deberás recoger Y hasta aquí, porque llegados a este punto Pepe no quiso escuchar más.

Le dolía la cabeza de oír tantos gritos y chillidos. Y más daño le hacía el corazón escuchándose a sí mismo constantemente exigiendo y pidiendo a los demás que hicieran las cosas como él quería.

Pepe, avergonzado, pulsó un botón de la grabadora para borrar todo lo que había grabado. Se sentó confundido en la cama y miró sus pantalones negros que llevaba puestos. Tampoco pasaba nada si no eran los azules. ¿Por qué lo había tenido que discutir? ¿Por qué le costaba tanto cambiar de opinión?

De repente Pepe entendió que no tenía ningún sentido enfadarse cuando las cosas no salían siempre como deseaba. Después de todo, siempre acababa haciendo lo que le decían sus padres, y quien sabe si no era mejor ahorrarse tantas broncas, castigos y sermones. Quizás había más maneras de hacer las cosas, y si no quedaba chocolate, podría haber preguntado si podía comer un bocadillo de chorizo. Pepe se sintió muy triste al darse cuenta de que sus gritos habían acallado Lola. A los loros les gusta aprender palabras, pero ¿de qué sirve aprender gritos?

Con la cabeza baja y triste, Pepe salió al comedor y se sentó a la mesa.

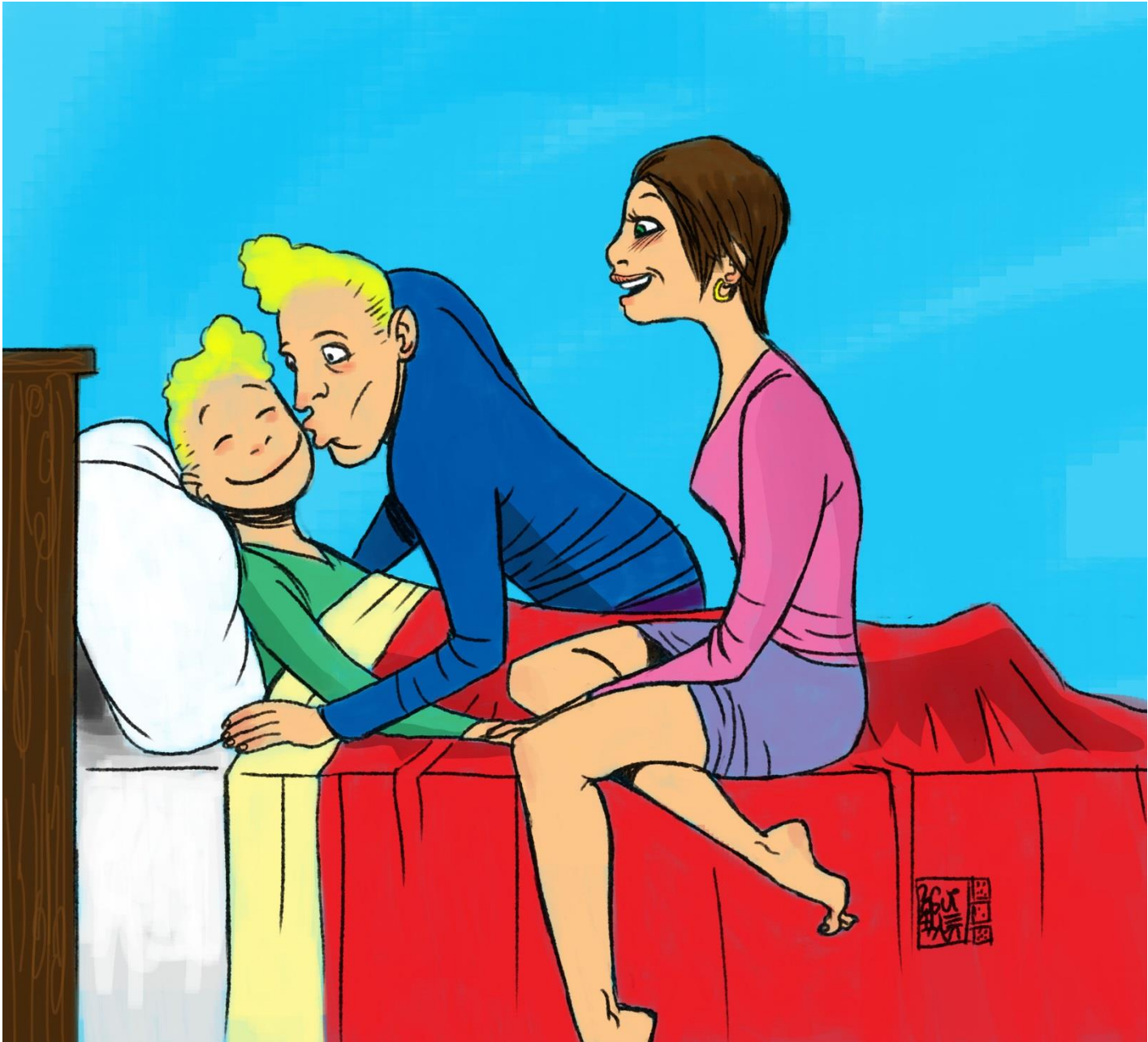
— Si tienes hambre, olvídate de rebuscar en la nevera, que en 10 minutos empezaremos a cenar. — Dijo su madre preparada para una nueva pelea.

— No pasa nada, ya me espero — Respondió Pepe.

Y de repente dejó de remover el arroz y se giró sorprendida.

— ¿Se puede saber qué te pasa? — preguntó desconcertada por aquella respuesta.

— Nada. -Dijo Pepe — tengo hambre, pero puedo esperar 10 minutos.



La mujer no se lo podía creer, como tampoco se pudo creer que Pepe no protestara cuando le dijeron que solo jugaría en la maquinilla cuando acabara los deberes, o cuando le comunicaron que el fin de semana no podría ir a jugar en casa de su amigo, para que la familia del niño tenía que irse fuera. Pepe no protestó ni una sola vez. Escuchó, preguntó, intentó encontrar una solución y aceptó lo que le sugerían.

Esa noche Pepe fue a dormir sin haber hecho ningún grito y solo se atrevió a levantar la voz para pedir si su padre o madre podían entrar en la habitación a darle un beso de buenas noches. Ambos lo hicieron, y curiosamente Pepe se los miró y con una bonita sonrisa les dijo: "gracias".

Entonces cerró los ojos y enseguida se durmió.

Y es una lástima, porque si hubiera aguantado un ratito más despierto, podría haber oído como Lola hacía unos movimientos con el pico, giraba un par de veces la cabeza y soltando de nuevo su voz, repetía bien claro: GRACIAS. Pero claro, Pepe no se dio cuenta porque estaba bien dormido.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital